

de evitar los abusos que se cometían con los trabajadores; se dictaron instrucciones contra los trajes y las sedas para impedir el lujo exagerado; pero, en el fondo,—lo ha enseñado la historia,—no hay peor sistema de tiranía que el que pretende hacer el bien despojando de libertad á los hombres. La Inquisición hacía un bien, según ese criterio, privando á los heréticos de la vida para salvar sus almas; como hacía un bien el legislador que sembraba la miseria en multitud de familias, al prohibir el trabajo de mujeres y niños en determinadas industrias.

El Virreinato desapareció,—como lo hemos dicho,—el día en que un grupo social tuvo conciencia de la posibilidad de satisfacer mayor número de necesidades, aunque,—y también lo hemos dicho,—no se encontraba ese grupo en aptitud de conocer y adquirir los medios de atender á esa satisfacción. Ha sido una larga y trabajosa lucha desenvuelta durante un período anárquico, en el que la riqueza pública había de permanecer abatida, estacionaria, irredenta, en tanto que, en medio de las convulsiones patrias, se formaban las nuevas fuerzas que debían de dar consistencia y energía á la nacionalidad mexicana.

CAPÍTULO IV

LA ANARQUÍA

ELEMENTOS FAVORABLES Á LA ANARQUÍA. LA NUEVA NACIONALIDAD: GRUPOS EXPOLIADORES Y GRUPOS EXPOLIADOS. ORÍGENES DEL PROHIBICIONISMO MEXICANO. LA INDUSTRIA Y LAS REVOLUCIONES. EL PROBLEMA HACENDARIO. DE LA INDEPENDENCIA Á LA REFORMA: EL SISTEMA PROHIBICIONISTA Y EL BANCO DE AVÍO. DON LUCAS ALAMÁN Y LA INDUSTRIA MEXICANA. LA OBRA DE LA REFORMA. DE LA INTERVENCIÓN AL RESTABLECIMIENTO DE LA REPÚBLICA: FUNCIÓN ECONÓMICA DE LA INTERVENCIÓN. EL PROGRAMA DEL IMPERIO. INFLUENCIA DE LA INVASIÓN AMERICANA Y DE LA INTERVENCIÓN FRANCESA EN LA TAREA INDUSTRIAL. EL PROBLEMA DE LA REPÚBLICA.

En el espacio de medio siglo que integra la etapa de formación,—de la independencia de la antigua colonia al restablecimiento de la República,—el país registra dos guerras invasoras, una gran lucha económica (la Reforma) y una serie de contiendas civiles, de antagonismos de grupos, que prolongan la infancia de la nacionalidad.

Durante este período, el trabajo social permanece estacionario; las fuerzas que lo animan, mal conducidas; las energías, esterilizadas; los elementos de prosperidad, sin cohesión; los factores de la actividad colectiva, en combate constante; el estado de los espíritus, extraviado, sin brújula; la riqueza pública,—y sus manifestaciones naturales, la industria y el comercio,—sometida á subordinación depresiva; la nacionalidad, próxima á naufragar en un mar de corrientes contrarias, á pulverizarse en una fragmentación de partículas inasimilables, en un feudalismo de cacicazgos que convierte la revuelta en un poder anárquico.

El problema económico se hace más punzante, más doloroso; los soportes que debieran sostenerlo,—el capital, el trabajo, la iniciativa,—niéganse á prestar su concurso; las clases superiores se arrojan á la infecunda tarea burocrática; los apetitos se despiertan, excítanse las concupiscencias; del fondo que se creía inagotable, de la riqueza de la nueva patria se espera extraer las fortunas privadas; chocan los privilegios, bregan los privilegiados; y se perpetúa la acción revolucionaria, al amparo del medio físico, que convierte cada picacho en una fortaleza inexpugnable y cada cacique en un señor del terruño.

Todos los elementos activos se muestran adversarios del Progreso, todos le son abiertamente hostiles, todos contribuyen al estancamiento de las fuerzas productivas: la contienda civil, arrancando energías á la labor general; los capitales, esquivando la lucha de la competencia, tejiendo con los hilos del agio la red

que envuelve en desastres financieros á las administraciones públicas; la industria, invocando absurdos privilegios, parapetándose tras de funestos monopolios; las ideas circulantes, los prejuicios, el aislamiento en que vivió el país durante los primeros tiempos.

Fué la etapa de formación, de la que el país había de salir á impulsos de un hecho inesperado, que al determinar un peligro común, congregó los gérmenes desunidos, los disgregados componentes sociales, que podían y debían constituir sólidamente un Estado.

La Intervención hizo la unidad política nacional; conmovió los espíritus, agitó los materiales económicos. El Imperio no completó la obra: gobierno ineficaz, sin apoyo, sin recursos para destruir los obstáculos que se han opuesto á la creación de la riqueza pública, sin fuerza moral, sin fuerza de tradición, debía caer y cayó bajo el peso de la bancarrota y del descrédito. Dejaba el camino expedito. La evolución no comenzó, empero, sino más tarde, cuando fueron destruidos los estorbos que muchos años de errores perpetuados habían amontonado contra el desenvolvimiento de la patria.

La nueva nacionalidad.—El movimiento de emancipación lo encabezó el grupo civil, que era el pensador; la Independencia se realizó por el grupo militar. Quería decir esto mucho; quería decir que en lo sucesivo esta última clase había de tener, y la tuvo realmente, una ingerencia muy activa, muy terminante, en la resolución de los problemas que surgieran en el flamante Estado.

La clase civil se había nutrido en las doctrinas revolucionarias francesas; era un núcleo demoleador, impregnado en principios abstractos, inspirado en palabras vagas, en nociones poco precisas, en programas improvisados. Orgulloso de la nueva patria, con delirios de perseguido, explicables en buena parte por reiteradas agresiones extrañas, de este grupo debía salir la inquieta turba de politicastros, oradores de club, periodistas y juriconsultos, que ha agitado durante tan largo tiempo á la República, y de entre la que surgía, como una excepción, tal ó cual hombre de alto espíritu, un clarividente, un enérgico, un legislador, un patriota.

El grupo militar, osado, valeroso, poco ó nada instruido, formado de ambiciosos audaces, sin ideas fijas, á menudo sin criterio, sólo entraba en acción si sentía amenazados sus privilegios. Entonces se lanzaba al *pronunciamento*, que le ofrecía el medio de seguir viviendo sobre la riqueza nacional.

Había aún otra clase espoliadora, otro grupo de privilegiados: el clero, detentador de la fortuna colectiva, que continuó siendo,—hasta después de la Reforma, que marca un cambio decisivo en la condición de estas clases,—el único gremio rico, poderoso y fuerte.

Estos dos grupos (la milicia y el clero) llegaron alguna vez á entenderse; fueron entonces las dos terribles mandíbulas de un insaciable animal carnívoro.

Eran éstos los directores de la nueva sociedad, los que habían de poner en juego los cacareados elementos de producción. Y su obra fué tal, que en breve acabaron por secar las fuentes, por agotar los manantiales, ineficaces para llenar los depósitos cavados por el parasitismo. Los tres grupos pesaban rudamente sobre la riqueza pública; cuando no figuraba en la lista del presupuesto, el grupo civil se convertía en revolucionario; los otros dos lo eran de instinto.

Los mismos encargados de dar forma práctica á la función económica,—capitalistas, industriales, comerciantes, hombres de negocios,—no adoptaron mejor programa: el capital se alimenta del agio; la industria, de las concesiones privadas; el comercio, del contrabando; el negocio, de turbias especulaciones.

La clase popular, la dirigida, la destinada á la tarea manual, persistió en su viejo abatimiento. La emancipación no levantó á estos prosternados, no vigorizó á estos débiles; siguieron siendo los voluntarios esclavos de otros señores; el nombre había cambiado, el hecho era el mismo. «La independencia nos convirtió en *gachupines* de los indios,» ha dicho D. Guillermo Prieto. ¿Lo somos todavía?

Las ideas igualitarias, las democráticas, han pasado como un soplo de hornaza sin fundir estas esculturas de hielo. Idealmente redimido por voluntad del legislador, del estadista, del tribuno, del revolucionario, el indígena es espoliado como en los antiguos tiempos por el propietario agrícola, por el fabricante de los campos, que á cambio de su bajo jornal le cede en la *tienda*, y á precios elevados, los productos in-